

CAPÍTULO CUARTO:

HALKIAS

El sistema Gadamar sólo tenía un planeta habitable. En el pasado allí hubo una central de energía quárkica en el planeta, generando energía para la industria, lo cual a su vez generaba mucho empleo y provocó una cantidad de inmigración que favoreció la economía planetaria.

La central acabó demostrando ser un peligro. Nadie había tomado las medidas de seguridad necesarias a la hora de construirla, y al final hubo fugas de radiaciones, hasta que en una explosión murieron seis personas y otras treinta resultaron heridas de gravedad. Los ciudadanos iniciaron una protesta y la central acabó cerrándose, poco después de que Hoox llegase al mando en el sector.

Pero, sin la central de energía quárkica, la industria no pudo mantenerse y hubo que cerrar un montón de fábricas. La economía gadamariana sufrió un duro golpe, y empezó a abundar el desempleo entre un montón de ciudadanos de diversas razas que no podían pagarse el billete para salir del planeta.

En cuanto los ciudadanos estuvieron lo bastante desesperados, el planeta cayó bajo el control de los criminales. Los hutts intentaron afianzar su poder allí y convertir Gadamar en su punto clave en el sector Junagadh, sólo para descubrir que Hoox no estaba dispuesto a regalarles un planeta.

Los hutts estaban confusos. Gadamar no tenía ningún tipo de importancia para Hoox: No tenía importancia geoespacial ni riquezas aprovechables. Estaba muy alejado del núcleo del sector, demasiado como para malgastar costosos recursos protegiéndolo. Con el bajo índice de empleo, no tenía sentido declarar toque de queda ni ley marcial, pero Hoox les dejó bastante claro a los hutts que lo haría si el índice de criminalidad superaba un límite razonable.

Al mismo tiempo, los hutts habían invertido ya demasiado capital en el planeta cuando se enteraron de eso, y no querían que engrosase su cuenta de gastos. Intentaron forzar el límite razonable, permitiendo que la tasa de crimen ascendiese hasta rozar la cifra establecida, y además controlar desde Gadamar delitos que sucediesen en otros sistemas.

Hoox reforzó la vigilancia en Gadamar y estableció una potente guarnición de soldados en respuesta. "Te tengo en el punto de mira, babosa hipertrofiada", parecía decir. "Dame una excusa para soltar a las tropas. Alégrame el

día".

Por entonces, los ciudadanos empezaron a comprender que iban a acabar en medio de una guerra. Un buen porcentaje ya estaba trabajando para los hutts, pero otros pidieron una armadura blanca de dieciocho piezas.

Los hutts se arriesgaron a realizar un movimiento agresivo, y llevaron a cabo más actividad criminal, encubierta, para mofarse de Hoox. Esperaban que Hoox no descubriese estos nuevos delitos, y aunque lo hiciese, ellos siempre podrían alegar ignorancia.

Hoox simplemente respondió a esto con una sonrisa, y ofreció una generosa cantidad de ventajas fiscales al Gremio de Cazarrecompensas si ponían una importante sede en Gadamar. El Gremio estaba controlado por un cazarrecompensas conocido por sus colaboraciones con el Imperio, así que no hubo mucha dificultad. Antes de que los soldados de asalto pudiesen protestar demasiado, Hoox reubicó a la mayoría en otros sistemas donde fuesen más necesarios y dejó sólo una guarnición simbólica. Al mismo tiempo, se animaba a los civiles para que se uniesen al ejército.

En cuanto Hoox ofreciese una recompensa por cada tipo de delito, el Gremio de Cazarrecompensas se encargaría de mantener el orden en Gadamar. Además, los cazarrecompensas que no perteneciesen al Gremio también recibirían beneficios si se asentaban en Gadamar.

Los hutts intentaron contraatacar, pero fracasaron y Radon el Hutt fue entregado al Imperio por un cazarrecompensas blindado a cambio de la mitad de la recompensa ofrecida por un criminal Hutt vivo.

Este tira y afloja entre el gobierno y los criminales se había estado manteniendo en Gadamar durante los últimos años. El planeta estaba cubierto de delincuentes y mercenarios, atraídos ambos por la promesa de dinero fácil, por lo relajados que están los procedimientos, y por la buena bebida que ofrecen las cantinas.

Sanui apuró su vaso y, rápidamente, se volvió a poner la máscara antes de que nadie pudiese ver su cara. Se estaba arriesgando tal vez demasiado, pero realmente necesitaba hacer una parada. No podía asegurar que el Imperio no tuviese su vector hiperespacial, así que tendría que hacer varios "saltos". Ir directamente al escondite secreto de Ashla sería arriesgarse a que localizasen al maestro.

No era el único motivo por el que tenía que parar en Gadamar. Su carguero había sido gravemente dañado en el combate contra el Interdictor. El hiperespacio, por una vez, estaba bien, pero el soporte vital fallaba. Sanui había tenido que elegir un sistema próximo, Gadamar, y se había puesto en animación suspendida utilizando un truco Jedi, o el aire no le habría llegado. Tardó apenas un par

de días en llegar a Gadamar, y para entonces el oxígeno era demasiado escaso; en cuanto estuvo en la atmósfera del planeta, antes de aterrizar, abrió la escotilla para que entrase aire.

Sanui depositó unas monedas en la barra del bar del puerto espacial, y se alejó. Era consciente de que sus conocimientos técnicos no bastaban para arreglar su astronave, y movilizar un cuerpo de técnicos era llamar la atención. No, necesitaba parchear una solución provisional. Si conseguía suficientes suministros de aire y agua, podría volver al escondite de Ashla con vida.

Y Gadamar era el lugar perfecto para conseguirlos. Los hutts, por pura cabezonería, seguían intentando utilizar el planeta como parada para sus contrabandistas, y a menudo los cazarrecompensas pillaban a los contrabandistas, los entregaban no necesariamente vivos, y vendían las mercancías y las piezas de los cargueros a los delincuentes para sacar un sobresuelo.

Bastaba con encontrar a alguien que se moviese en esos entornos.

Sanui sonrió mientras caminaba por los pasillos de la zona de hangares. Estaban llenos de cazarrecompensas, delincuentes y gentes de peor vivir. Pudo oír fragmentos de conversaciones:

-...ya me han hablado de él, es algo asombroso... -dijo un ishi tib a su amigo duros.

-...como me entere de que te has pasado con ella... -dijo un gran a su acompañante dug.

-...riolaich hai ze koakudjoa noo.... -dijo un snivviano en huttés a su colega rodiano.

-...¿Te has enterado? ¡Rougem está en Kerritt! -dijo un kadas'sa'nikto a su compatriota kajain'sa'nikto.

-...me avisarás en cuanto detectes algo fuera de lo... -dijo un humano a su androide.

-... -dijo un weequay a su compañero de raza weequay. Sanui se dio cuenta de que los weequay, discretos como son, habían notado su presencia y no hablarían delante de alguien que no fuera de su raza y, sonriendo bajo su máscara, aceleró un poco el paso. Salió de la zona de hangares y llegó a lo que era la ciudad.

Nadie le prestó la más mínima atención. El kadas'sa'nikto estaba mirando por la ventana y hacía señales al kajain'sa'nikto. El nikto verde presionó unos botones en el marco de la ventana para que ésta hiciese un zoom sobre una zona.

Un vehículo de combate con cobertura especial polarizada frenaba justo al otro lado de la ventana. La puerta subió, entrando en el techo. Un pie enfundado en una bota salió del vehículo. Después sacó el resto del cuerpo.

Era un hombre muy alto que usaba una gabardina para cubrir su cuerpo... y el verdadero arsenal que lleva encima, del

cual sólo los forenses de sus víctimas podían dar fe. Un visor oscuro cubría completamente sus ojos, de modo que nadie sabía hacia dónde estaba mirando. También tapaba su cabeza con un sombrero, con lo que cubría sus orejas puntiagudas.

El aspecto inicial que daba era el de un ser humano bastante pálido, como si su rostro hubiese estado cubierto por una máscara la mayor parte del tiempo. Tenía un inicio de bigote y perilla, no demasiado cuidado. En cuanto salió, la puerta del vehículo se cerró automáticamente, y él empezó a caminar. Caminaba sin ninguna prisa, como si hubiese cronometrado el tiempo que necesita para llegar a su destino. Eran esos pasos que da alguien completamente seguro de sí mismo, alguien que se sabe capaz de comerse la galaxia, y que ya lo ha demostrado. Pasos de tranquilidad, que en menos de un latido podían convertirse en un blanco demasiado rápido para darle con un bláster.

Rougem. Cazador de recompensas. Treinta y nueve capturas. Tres de ellos vivos.

La verdad es que la ciudad de Kerritt no había cambiado mucho desde la última vez que Sanui había estado allí. El lugar no se parecía mucho a los puertos espaciales de contrabandistas como Mos Eisley; más bien se parecía a un campo de pruebas de armamento. Las paredes, extremadamente gruesas y resistentes, tenían las marcas de los disparos de blásters, y de vez en cuando se veían claramente manchas de sangre y de otros fluidos orgánicos menos agradables. Sanui pudo ver, al lado de una esquina cubierta por las sombras, el cadáver de un alienígena que había sido un cíborg una vez. Le habían despojado de todas sus pertenencias, armamento, blindaje, implantes cibernéticos... Su rostro desfigurado parecía mostrar la sonrisa putrefacta de un esqueleto robótico. Sanui reprimió un escalofrío al pasar a su lado, y no quiso mirar hacia atrás cuando sintió que el cadáver parpadeaba. Siguió caminando.

Y, de pronto, a sus espaldas, en la esquina cubierta por sombras al lado del cadáver, dos inquietantes ojos parpadearon con luz roja. Era una criatura capaz de absorber la luz normal, que no parecía sino una de las sombras que le rodeaban. Era un cazarrecompensas defel el que estaba siguiendo a Sanui.

Los defel se enorgullecían de poder seguir a cualquiera sin ser vistos.

Cuando Sanui atravesó la puerta de un domicilio particular, el defel corrió en busca de refuerzos.

Sanui llegó a la puerta de un domicilio particular, introdujo una contraseña en las teclas numéricas del cerrojo y entró para estar en un brevísimo pasillo con una puerta al otro extremo. Finísimos rayos láser cubrieron a

Sanui de la cabeza a los pies, hasta que se encendió una luz verde: El sistema de detección de la entrada había identificado a Sanui como "no intruso".

Sanui avanzó hacia la nueva puerta, que pasaba a estar abierta. Daba a una habitación que se parecía bastante al exterior; el ocupante no se dedicaba a la limpieza desde hacía bastante tiempo. Por ejemplo, desde antes de que Sanui le conociese. Había terminales de computadores por diversos lugares, sin ningún tipo de orden ni concierto, una mesa debajo de uno de los terminales, y una silla repulsora que chirriaba y que jamás había sido arreglada. Un colchón en el suelo era la única y espartana cama. Las paredes no estaban precisamente limpias, pero ojalá lo hubiesen estado. El suelo estaba lleno de porquería y, cuando Sanui quiso darse cuenta, había pisado un trozo de comida.

El habitante de la susodicha pocilga surgió de otra habitación. Era un hombre más alto que Sanui, delgado, atractivo, y no muy fuerte. Vestía de negro con un traje de cuello alto y, aunque el traje no era especialmente elegante, él lo llevaba con distinción y estilo. Sobre sus ojos llevaba un visor de una sola pieza que rodeaba su cabeza para proteger su frágil vista de humano de las constantes horas delante de un monitor de ordenador. Tenía el cabello rubio y corto. Parecía un poco irónico que alguien que cuidaba tanto su aspecto físico viviese en semejante cuchitril.

El hombre miró a Sanui.

-Me asombra tu gran habilidad para meterte en líos -le dijo.

-Yo también te echaba de menos, Halkias -respondió Sanui. Su voz estaba un poco deformada por el pedazo de tela que cubría su rostro.

-Hoox acaba de poner precio a tu cabeza -dijo Halkias-. Veinte de los grandes, que no sé de dónde los piensa sacar, por una pista que conduzca a tu paradero. Imagínate cuánto por tu pellejo.

-Era de esperar -sonrió Sanui.

-Este planeta es peligroso. Hay demasiada corrupción. Muchos cazarrecompensas vienen por aquí en busca de empleo. Se dice que Rougem está en Mos Kerritt.

-¿Rougem? -dijo Sanui-. No le conozco. ¿Quién es?

-Aquí no corres peligro -dijo Halkias-. Puedes quedarte el tiempo que necesites, ya lo sabes.

-No... -dijo Sanui-. Tengo un mal presentimiento.

-Qué sorpresa -ironizó Halkias-. Dondequiera que vas, no tardan en llegar los problemas.

-Necesito aire y agua para el viaje de vuelta -dijo Sanui-. ¿Puedes ayudarme?

Halkias miró hacia el techo, preguntándose porqué lo hacía. Entonces recordó qué le debía la vida más de una vez

a Sanui. Por supuesto, recordó también que éste no era el primer favor que hacía a Sanui para devolvérsela, y que su vida era mucho más complicada desde entonces. Pero qué diablos, hay cosas que no se pueden hacer, gente a la que no se puede dejar en la estacada.

Halkias se sentó delante de un terminal y tecleó durante unos segundos. Espero unos cuantos segundos más y volvió a teclear.

Mientras, Sanui se apoyó en un procesador y oyó un gritito muy agudo a su derecha. De detrás del procesador surgió un inmenso bicho parecido en parte a una araña y en parte a un escorpión.

-¡¡¡Hal, oye, que aquí tienes una saks!!!

-¡Déjala! ¡Es mi mascota! -dijo Hal riéndose mientras no levantaba la vista de su monitor-. Va a tener familia dentro de poco en el interior de ese procesador sobre el que te acabas de apoyar. Estás invadiendo su hábitat.

-Pero Hal -dijo Sanui-, que estos bichos son muy venenosos...

-Ja, ja, ja... -rió Halkias-. Tenemos un trato. Yo no me meto en su terreno y ella no me muerde.

Halkias sonrió al ver los ojos que ponía Sanui.

-Mira que eres raro- dijo Sanui con resignación y apartándose del bicho, que ya empezaba a ponerse en plan de morder. Mientras, Halkias ya había conseguido los datos necesarios.

-Escucha, a unos doscientos metros de aquí, en un almacén con aspecto destartado, hay un cargamento de piezas de astronave, incluyendo equipo de mantenimiento vital...

-No tengo tiempo de hacer las reparaciones -dijo Sanui-. Debo salir del planeta de inmediato.

-Es tu funeral -dijo Halkias-. A ver dónde hay suministros de oxígeno y agua... Un poco más lejos hay otro almacén. Tendrás que dar un rodeo, te sugiero que consigas un speeder.

De pronto, se oyó una alarma viniendo de la puerta.

-Escóndete -dijo Halkias-, voy a averiguar quién es.

Halkias comprobó quién estaba en la puerta. Era un pequeño cazarrecompensas con aspecto de novato.

-Sabemos -dijo el cazador- que ahí dentro hay un criminal buscado en varios sistemas. Esto es una redada. Abre o usaré la fuerza.

La comunicación era unidireccional, así que Halkias podía hablar sin que el cazarrecompensas lo oyese.

-Ha dicho "sabemos" -dijo Halkias.

Sanui asintió con la cabeza, cruzando los brazos.

-De un momento a otro... -siguió el pirata informático, esperando lo que tenía que suceder.

En ese instante, una explosión voló una de las paredes laterales del domicilio de Halkias. Al otro lado había dos cazarrecompensas, uno especialmente grande y musculoso de

una especie alienígena que Sanui no conocía, y otro más pequeño que llevaba una armadura de combate y un arma. El gigante rugió algo en lo que debía ser su idioma.

Una torreta láser oculta bajo una pila de basura cobró vida de repente, se levantó, se giró hacia el lugar donde estaba el agujero, y abrió fuego. El gigante resultó impactado una vez, mientras que el blindado esquivaba el disparo y disparaba a su vez contra la torreta. El arma secreta de Halkias se estropeó por el disparo, pero ya había eliminado buena parte del factor sorpresa con que los cazarrecompensas creían contar.

El despacho-dormitorio de Halkias no era muy grande, pero Sanui ya había estado allí varias veces. Con el sable encendido, saltó contra una pared, rebotó en ella y se lanzó de frente hacia el gigante, pareciendo volar. El gigante, que seguía aturdido por el impacto, no logró esquivar esa mancha de tela morada y cayó hacia un lado, encima de algunos de los equipos de hardware de Halkias. Mientras tanto, el cazarrecompensas blindado disparaba varias veces contra Sanui y contra Halkias con una pistola bláster pesada. Sanui se movía a gran velocidad, haciendo tales acrobacias, que era casi imposible acertar. Sin embargo, Halkias recibió un impacto superficial.

Dañado y dolorido, pero consciente, Halkias intentó esconderse debajo de un montón de cajas de por allí, para observar lo que estaba sucediendo en la pelea. El gigante estaba encima de un montón de equipo destrozado, y decidió levantar un procesador para lanzárselo a su rival. Eligió una caja de aspecto grande, e incrustó los dedos en su interior, rompiendo el metal.

Entonces, soltó un grito de dolor.

Del interior del procesador surgió la misma saks que antes había encontrado Sanui. Harta de que un montón de extraños se paseasen por su casa, la saks había decidido morder para proteger a su familia. Halkias sonrió desde su escondite mientras miraba la cara de horror que ponía el gigante, y presionó un botón transparente en su visor. El zoom le demostró que la saks había vaciado las bolsas de veneno, quedando reducida a la mitad del tamaño que tenía antes. Eso era mucho veneno.

Mientras tanto, Sanui se enfrentaba al otro cazarrecompensas. El desconocido, a dos pasos de Sanui, observaba el sable de luz violeta girar sobre sí mismo en una manos que demostraban su maestría. Intentó apuntar con su pistola bláster pesada, pero el sable de luz cortó en dos la pistola y, una fracción de segundo después, golpeó la armadura del cazarrecompensas, rompiéndola e hiriéndole. Sin embargo, el cazarrecompensas extrajo un vibrófilo oculto en el blindaje de su brazo, y lo usó para atacar a Sanui, logrando herir su brazo derecho. La sangre caía sobre la tela de la capa de Sanui, dirigiéndose hacia el

codo.

-No lo entiendo -pensaba Halkias, escondido-. Parece como si...

El pirata informático ajustó de nuevo su visor y lo puso para ver luz ultravioleta. Ante este nuevo espectro de luz, apareció un pequeño y musculoso humanoide lupino detrás de Sanui. Era un defel, una de esas criaturas que absorben la luz y son casi invisibles.

Halkias salió de su escondite con un bláster de bolsillo en la mano y, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, disparó varias veces contra el defel. Al oír los disparos, Sanui se agachó, esquivando el ataque mortal que el espectro preparaba con sus garras, pero no pudo esquivar un nuevo golpe del cazarrecompensas blindado. Sanui cayó hacia atrás y perdió su sable al tropezar con el defel, mientras el blindado sacaba una nueva arma de fuego. Sin duda no prestaba atención a Halkias porque consideraba que un arma tan pequeña no atravesaría su armadura, y ahora el sable estaba lejos y apagado. El cazarrecompensas apuntó a Sanui, ocultando bajo su máscara una mueca de cruel satisfacción.

Sanui movió su sable de luz usando la Fuerza, lo encendió y atravesó al cazarrecompensas de un extremo a otro.

Halkias se levantó, la herida había creado una mancha carmesí sobre su ropa. Sin embargo, intentando ignorar el dolor, se acercó a los cadáveres y los registró.

-No tienen identificación de ningún tipo -dijo-. No tienen carnet de cazarrecompensas. No son cazarrecompensas.

-¿Entonces? -preguntó Sanui.

-Delincuentes comunes -dijo Halkias-. Piratas, tal vez.

-Ha habido demasiado follón -dijo Sanui, mirando a su alrededor-. Las explosiones, y eso. No tardarán en llegar las autoridades.

-Cierto -dijo Halkias.

-Puedes venir conmigo, si quieres -dijo Sanui.

-Tengo cosas que hacer aquí; debo quedarme en el planeta -dijo Halkias.

-Pero te harán preguntas que... que no sabrás contestar -dijo Sanui.

-Es mi palabra contra la de los fiambres -dijo Halkias-. Diré que fue defensa propia. Con eso y un par de miles, el juez me dejará en paz.

-Pero estás herido... -dijo Sanui.

-No te preocupes por mí, Comm -dijo Halkias.

Un par de minutos después, Sanui se alejó por el agujero abierto en la pared, pensando en todas las veces que había dicho a Halkias que no volviese a usar ese apodo.

Fin del cuarto capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.